¿Debe haber "tanatología" en las escuelas?

Por Liliana García Arroyo
unasolalira2@gmail.com

En nuestra cultura los años estudiantiles son sinónimos de salud, alegría y energía. Obras como *La Casa de la Troya* de Alejandro Casona y la canción himno *Que Vivan los Estudiantes* de Violeta Parra ejemplifican muy bien este aspecto de nuestro imaginario para generaciones pasadas en nuestro país. Sin embargo, la realidad es que durante los años de niñez y juventud suele conocerse la muerte y el sufrimiento que esta pérdida conlleva a través de experiencias diversas. La etapa evolutiva de vejez en familiares y allegados, accidentes desgraciados y en ocasiones, enfermedades terminales, traen a la conciencia la naturaleza definitiva de la muerte como condición humana inevitable, sin olvidar la muerte de una mascota para algunos niños y niñas. La mente humana es incapaz de concebir el no-ser de modo que la muerte siempre representará una incógnita gigantesca ante la cual diversas culturas han desarrollado infinidad de respuestas y ritos a través del tiempo.

La gama de experiencias que confrontan a niños y jóvenes con la muerte puede abrirse o hacerse más estrecha dependiendo de factores históricos o naturales. Se estrechan con el mejoramiento de la salud, de condiciones de vida y aumento de longevidad. Se expande con las guerras, deterioro de condiciones de vida, epidemias, accidentes industriales y eventos de la naturaleza como terremotos y huracanes, entre otros. Para nuestros niños y jóvenes un factor que ha abierto esta gama es la violencia que produce asesinatos a diario en nuestra población, que ya más bien asemeja a una guerra no declarada. Las condiciones de vida y subsistencia que se han desarrollado en Puerto Rico por varias décadas han desembocado en un uso de violencia letal como respuesta a conflictos de diversos tipos. Dentro de estas condiciones de vida figura de forma prominente el narcotráfico como medio tanto de subsistencia como de enriquecimiento. Las condiciones de vida también han generado muy poca tolerancia a la

frustración tanto en las relaciones interpersonales como en el uso de los espacios. En otro momento abundaremos sobre esto pero el resultado neto es que la gama de experiencias de muerte se amplifica con violencia de género, doméstica y homofóbica. La pobreza real, la falta de recursos para cubrir la canasta básica y otras necesidades, con o sin los llamados cupones, es otro factor amplificador ya que se traduce en asaltos, homicidios y suicidios.

Cada familia y comunidad cuenta con algunos recursos que representan algún grado de apoyo cuando se mira de frente a la muerte. El problema a dilucidar es si estos recursos son suficientes y si se ha internalizado que la escuela como parte integral de la vida de sus estudiantes tiene un rol fundamental. Veamos primero lo que es "tanatología". Curiosamente no se encuentra en los diccionarios que examiné, sin embargo, la *Revista Digital de la U.N.A.M. (Vol. 7 (8), 2006)* define dicho término como "la ciencia encargada de encontrar sentido al proceso de muerte" y advierte que afrontar la muerte en su doble dimensión, la propia y la ajena, conlleva asumir nuestra propia humanidad. La Dra. Elizabeth Kubler-Ross ha aportado principios fundamentales en la comprensión de los aspectos psicológicos que acompañan el proceso para los moribundos. Sin embargo, no se trata en modo alguno de proponer un curso de tanatología para los estudiantes. De lo que se trata es de proveer **una experiencia de vida** ante el impacto de la muerte que no puede ser sustituida por textos o sermones. No hay otra forma de honrar el valor de la vida sino es combatiendo la indiferencia y la desidia y sobretodo recordar que la escuela no es un espectáculo y que su rutina sí puede alterarse.

Las pérdidas en una comunidad escolar pueden catalogarse tanto en sus elementos constitutivos (estudiantes, maestros, personal administrativo y de apoyo) como en su dimensión temporal (miembros activos o egresados y empleados jubilados) además de considerar la fase como dolientes cuando se trata de muertes ajenas a la escuela pero que impactan de forma

directa a miembros de la comunidad escolar. Para cada uno de estos casos la trabajadora social puede trabajar actividades con los maestros y empleados que haya identificado posean el temple para colaborar de forma efectiva. A modo de ejemplo, entendemos que para egresados debe haber un crespón y un obituario en un lugar visible que describa brevemente sus pasos por la escuela aunque haya sido desertor. ¿Cuántos jóvenes asesinados no son todavía recordados en sus escuelas, sin embargo, todo se queda en un cotilleo como si nada hubiera pasado? ¿Por qué no decir a todos, incluyendo a los asesinos, que esa vida perdida ha dolido y que se toma nota de ello? Pero sobretodo, dar un ejemplo a los estudiantes de que la vida es demasiado valiosa para ignorar su pérdida. No hay duda de que cuando se trata de miembros activos de la comunidad escolar debe de alterarse la rutina escolar e incluirse algún tipo de ceremonia de recordación. Que algunos estudiantes vean con indiferencia la muerte de un conserje, por ejemplo, no justifica que se ignore, más bien indica cuan urgente es desarrollar medidas al enfrentar pérdidas dentro de la comunidad escolar que faciliten la sensibilización.

En muchas situaciones no ignorar la pérdida es solamente un primer paso, importante pero no suficiente, para proveer el alivio necesario. A modo de ejemplo, los niños y jóvenes que sufren la pérdida de padres y hermanos necesitan mucho apoyo, un lugar designado en la escuela para retirarse cuando necesite escapar de la rutina de la sala de clases, al menos por varias semanas y seguimiento de sus actividades escolares. Es posible que necesite intervención sicológica en la propia escuela debido a que es el escenario que más reto representa en términos de control emocional. En fin, cada comunidad escolar conoce a sus miembros y sabe su historia y pueden recurrir de ser necesario al Colegio de Trabajo Social y a organizaciones de larga trayectoria en el tema de las pérdidas y duelo como la Alianza Laura Aponte para la Paz Social (ALAPAS). Lo importante es que cada escuela elabore unas guías. Hemos sugerido guías, no protocolos. Las guías son flexibles y nos dejan espacio para los huecos,

contrario a los protocolos. Por ejemplo, si la maestra de salón hogar no puede enfrentar la muerte de un estudiante, puede ser una madre o inclusive otro maestro, quienes reciban a los estudiantes y trabaje una actividad. Si un estudiante ha enfrentado la muerte de un ser querido, ¿cómo deben recibirlo su maestro y sus compañeros?

La literatura universal es la gran maestra de la sicología. La obra cumbre de Thomas Mann, *La Montaña Mágica*, nos ilustra los años de adolescencia de un joven, quien en medio de la muerte de enfermos de tuberculosis, logra continuar su desarrollo sin perder su frescura y su intrínseca humanidad. Irónicamente es la guerra quien lo arrebata del lugar hacia un probable final trágico. Les dejamos las hermosas palabras finales de dicha obra: *De esta fiesta mundial de la muerte, de este temible ardor febril que incendia el cielo lluvioso del crepúsculo, ¿se elevará algún día el amor?*

****

La autora es psicóloga.